

# KIPLING

*La Casa de los Deseos*



**La Biblioteca de Babel**  
*colección de lecturas fantásticas*  
*dirigida por Jorge Luis Borges*

*En muchos de sus cuentos abordó lo sobrenatural, que siempre se revela gradualmente, a diferencia de los cuentos de Poe. En The Wish House una mujer refiere a otra mujer una historia mágica y dolorosa; ambas son demasiado humildes para el asombro; aceptan lo increíble con la misma resignación con que aceptan los hechos cotidianos.*

*En A Sahib's War, la fiebre y la presencia del opio hacen que lo sobrenatural sea más verosímil.*

*Sobre A Madonna of the Trenches, cuyo fondo es la guerra de 1914, cae la alta sombra del Canto V del Infierno.*

*The Eye of Allah no es un relato fantástico, pero es un relato posible.*

*De los cuentos que elegí para este volumen, quizá el que más me conmueve es The Gardener. Una de sus peculiaridades es que en él ocurre un milagro; la protagonista lo ignora, pero el lector lo sabe. Todas las circunstancias son realistas, pero la historia referida no lo es.*

Jorge Luis Borges

## Prólogo

A los cuarenta años de su muerte, que ocurrió en el sur de Inglaterra, Kipling es todavía un hombre famoso, pero es también un hombre secreto. La crítica no pronuncia su nombre con ese tono reverencial que reserva para Joyce o para Henry James. ¿A qué se debe esa condescendencia, casi esa negligencia? El hecho, que no ha dejado nunca de asombrarme, puede explicarse así. Ocasionalmente, Kipling escribió para niños, y quien escribe para niños corre el albur de que esa circunstancia contamine su imagen. Pensemos en el caso de Stevenson, uno de sus maestros. Hay otra explicación que es de orden político. Suele juzgarse a un escritor por sus opiniones —lo más superficial que hay en él— más que por su obra; Kipling fue encasillado como cantor del Imperio Británico. El hecho, que nada tiene de deshonroso, bastó para mermar su fama, especialmente en Inglaterra. Sus compatriotas nunca le perdonaron del todo su persistente recordación del Imperio. Sus grandes contemporáneos, Bernard Shaw y Wells, eran socialistas y prefirieron ignorarlo. Kipling vio en el Imperio Británico una continuación del Imperio Romano y acabó por identificarlos. Es significativo, asimismo, que jamás cantó las victorias, sino las asperezas, los trabajos y los deberes de un destino imperial. No exaltó la mera violencia, como lo haría Hemingway. Ya cerca de la muerte, comprendió, no sin alguna melancolía, la vanidad de ser lo que hoy llamamos un escritor comprometido. Recordó a Swift, que se propuso hacer un alegato contra el género humano y cuyo alegato es ahora un libro para niños. Escribió que los dioses pueden per-

mitir a los hombres que inventen fábulas, pero no que sepan la moraleja. Es la doctrina platónica de la musa o la doctrina hebrea del espíritu. El escritor debe resignarse a ser su dócil amanuense.

Kipling fue siempre un solitario. De joven fue amigo de Rider Haggard; ya maduro y mundialmente famoso compartió la amistad de un sargento retirado de infantería, con el cual charlaban sobre la India, y del Rey de Inglaterra. No quiso ser poeta laureado porque temió que tal honor trabara su libertad para criticar al gobierno. Poco o nada le importaba la fama. La muerte de su hijo, que se había enrolado como voluntario entre los primeros cien mil hombres que Inglaterra envió al continente, durante la Primera Guerra Mundial, ensombreció su vida. Muy reservado, nos ha dejado la menos íntima de las autobiografías y está bien que sea así; cualquier confidencia hubiera falseado su lejanía de caballero inglés. Curiosamente, fue devoto de Horacio, que lo acompañó durante largas noches de insomnio, y no de Virgilio.

Su imaginación, su delicada artesanía (craftsmanship), su oído, su economía verbal y su probidad son parejamente admirables. Poemas como Harp Song of the Dane Women o Chant-Pagan o The Runes on Weland's Sword no han sido superados. En 1901 publicó Kim, que pudorosamente definió como novela picaresca, vale decir como una serie de irresponsables aventuras, pero que esencialmente es la historia de la salvación de dos hombres, uno por la vida contemplativa, el otro por la activa.

En muchos de sus cuentos abordó lo sobrenatural, que siempre se revela gradualmente, a diferencia de los cuentos de Poe. En The Wish House una mujer refiere a otra mujer una historia mágica y dolorosa; ambas son demasiado humildes para el asombro; aceptan lo increíble con la misma resignación con que aceptan los hechos cotidianos. Kipling, nativo de Bombay, supo el idioma hindi antes de llegar al inglés; un sikh me dijo que, leyendo A Sahib's War,

*sintió que cada frase había sido pensada en la lengua vernácula y luego traducida al inglés. La fiebre y la presencia del opio hacen que lo sobrenatural sea más verosímil. Sobre A Madonna of the Trenches, cuyo fondo es la guerra de 1914, cae la alta sombra del Canto V del Infierno.*

*The Eye of Allah no es un relato fantástico, pero es un relato posible.*

*De los cuentos que elegí para este volumen, quizá el que más me conmueve es The Gardener. Una de sus peculiaridades es que en él ocurre un milagro; la protagonista lo ignora pero el lector lo sabe. Todas las circunstancias son realistas, pero la historia referida no lo es.*

*Kim es la última novela que Kipling escribió, sólo en apariencia abandonó el género, cada uno de sus apretados relatos tiene el poderío y la densidad de una larga novela.*

Jorge Luis Borges

## *La Casa de los Deseos*

La nueva visitadora de la iglesia acababa de marcharse tras pasar veinte minutos en la casa. Mientras estuvo ella, la señora Ashcroft había hablado con el acento propio de una cocinera anciana, experimentada y con una buena jubilación que había vivido mucho en Londres. Por eso ahora estaba tanto más dispuesta a recuperar su forma de hablar de Sussex<sup>[1]</sup>, que le resultaba más fácil, cuando llegó en el autobús la señora Fettley, que había recorrido cincuenta kilómetros para verla aquel agradable sábado de marzo. Eran amigas desde la infancia, pero últimamente el destino había hecho que no se pudieran ver sino de tarde en tarde. Ambas tenían mucho que decirse, y había muchos cabos sueltos que atar desde la última vez, antes de que la señora Fettley, con su bolsa de retazos para hacer una colcha, ocupara el sofá bajo la ventana que daba al jardín y al campo de fútbol del valle de abajo.

—Casi todos se han apeado en Bush Tye para el partido de hoy —explicó—, de manera que me quedé sola la última legua y media. ¡Anda que no hay baches!

—Pero a ti no te pasa nada —dijo su anfitriona—. Por ti no pasan los años, Liz.

La señora Fettley sonrió e intentó combinar dos retazos a su gusto.

—Sí, y si no ya me habría roto la columna hace veinte años. Seguro que ni te acuerdas cuando me decían que estaba bien fuerte. ¿A que no?

La señora Ashcroft negó lentamente con la cabeza —todo lo hacía lentamente— y siguió cosiendo un forro de arpillera

ra en un cesto de paja para herramientas adornado con cintas de algodón. La señora Fettley siguió cosiendo retazos a la luz primaveral que entraba entre los geranios del alféizar, y ambas se quedaron calladas un rato.

—¿Qué tal es esa nueva visitadora tuya? —preguntó la señora Fettley con un gesto hacia la puerta. Como era muy miope, al entrar casi se había tropezado con aquella señora.

La señora Ashcroft suspendió la gran aguja de coser el forro con un gesto tranquilo antes de pincharla.

—Salvo que no te cuenta nada de lo que pasa por ahí, no tengo nada especial contra ella.

—La nuestra, la de Keyneslade —dijo la señora Fettley— habla sin parar y es muy compasiva, pero no se para a escuchar. Dale que dale, que no la oyes más que a ella.

—Ésta no habla mucho. Yo creo que quiere hacerse de esas monjas protestantes, o algo así.

—La nuestra está casada, pero dicen que como si nada...

—la señora Fettley levantó la barbilla huesuda—. ¡Dios mío! ¡Esos malditos autobuses arman un terremoto!

La casita revestida de azulejo tembló al paso de dos autobuses especiales de cuarenta plazas que se dirigían al partido de Bush Tye; detrás de ellos humeaba el autobús «del mercado» de todos los sábados camino de la capital del condado, y de una de las tabernas abarrotadas salió un cuarto vehículo a sumarse a la procesión, impidiendo el paso de los coches que iban de excursión en sentido opuesto.

—Sigues teniendo la lengua tan larga como siempre, Liz —observó la señora Ashcroft.

—Sólo cuando estoy contigo. El resto del tiempo soy la típica agüelita: tres nietos ya.

Apuesto que ese cesto es para uno de tus nietos, ¿a que sí?

—Es para Arthur, el mayor de mi Jane.

—Pero no trabaja en ninguna parte, ¿verdad?

—No. Es para cuando van de gira.

—Tienes suerte. Mi Willie se pasa la vida pidiéndome dinero para comprar uno de esos arradios que pone la gente en el jardín para oír la música que dan de Londres y todo eso. Y encima se lo doy... ¡Si es que soy tonta!

—Y, ¿a que no te da un beso de gracias después? —la sonrisa de la señora Ashcroft parecía dirigirse a ella misma.

—Y tanto. Los chicos de ahora no se pueden comparar con los de hace cuarenta años. Muchos derechos y nada de obligaciones. ¡Y se lo aguantamos! ¡Si es que somos tontas! ¡Willie me pide tres chelines cada vez!

—Si es que se creen que el dinero crece en los árboles... —dijo la señora Ashcroft.

—Y la semana pasada —siguió la otra— mi hija va y pide un cuarto de libra de tocino al carnicero y va y le dice que se lo corte, que no va ella a molestarle en cortarlo.

—Apuesto que se lo cobró.

—Apuesto que sí. Me dijo que aquella tarde había una sesión de tresillos en la asociación de mujeres y que no iba a molestarle ella en picarlo.

—¡Mira que!

La señora Ashcroft dio los últimos toques al cesto. Apenas había terminado cuando llegó corriendo su nieto de dieciséis años, con una de las tantas muchachas que lo seguían a todas partes, recorrió el sendero del jardín preguntando a voces si ya estaba listo el cesto, lo agarró y se marchó sin dar las gracias. La señora Fettley lo contempló atentamente.

—Van de gira no sé dónde —explicó la señora Ashcroft.

—¡Ah! —dijo la otra entornando los ojos—. Apuesto a que no las deja en paz si le dan una oportunidad. Ahora que lo pienso ¿a quién demonios me recuerda?

—Tienen que apañárselas por su cuenta... igual que nosotras a su edad —dijo la señora Ashcroft empezando a preparar el té.

—Tú sí que te las apañabas bien, Gracie —dijo la señora Fettley.

—¿De qué hablas ahora?

—No sé... Pero de repente me acuerdo de aquella mujer de Rye... no me acuerdo cómo se llamaba... Barnsley, ¿no?

—Quieres decir Batten... Polly Batten.

—Eso es... Polly Batten. Aquel día que se te echó encima con un tenedor de la paja —era cuando íbamos a la trilla en Smalldene— por quitarle el novio.

—Pero, ¿no me oíste decirle que por mí se lo podía quedar? —la señora Ashcroft tenía la sonrisa y la voz más suaves que nunca.

—Claro, y todos creíamos que te iba a clavar el tenedor en el pecho cuando se lo dijiste.

—No... Polly nunca se pasaba. Era demasiado fuguillas para llegar hasta el final.

—Pues a mí siempre me pareció —dijo la señora Fettlely tras una pausa— que lo más tonto del mundo es que dos mujeres se peleen por un hombre. Es como un perro con dos amos.

—A lo mejor. Pero, ¿por qué te acuerdas ahora de todo eso, Liz?

—La cara del chico y la forma de andar. No lo había visto desde que era rapaz. A tu Jane no le vi nada así, pero este chico... este *chico*. ¡Pero si es como volver a ver a Jim Batten otra vez!... ¿Eh?

—A lo mejor. Las hay que lo dicen... claro que ellas son estériles.

—¡Ah! ¡Bueno, bueno! ¡Hay que ver, hay que ver!... Y ya hace años que murió Jim Batten...

—Veintisiete años —respondió brevemente la señora Ashcroft—. ¿Quieres servirlo tú, Liz?

La señora Fettlely sirvió las tostadas con mantequilla, el pan de higos, el té hervido, amargo como el pecado, conserva casera de peras y una cola de cerdo hervida, fría, para bajar los bollos. Lo elogió todo cumplidamente.

—Sí, a mí no me gusta maltratar la panza —dijo pensativa la señora Ashcroft—. Sólo se vive una vez.

—Pero, ¿no te sientes pesada a veces? —le sugirió su invitada.

—La enfermera dice que es más fácil que me muera de una indigestión que de la pierna —comentó la señora Ashcroft, que tenía desde hace mucho tiempo una úlcera en el tobillo para la que necesitaba la asistencia constante de la enfermera del pueblo, que presumía (o dejaba que lo hicieran otros por ella) que desde su toma de posesión le había hecho ya ciento tres curas.

—¡Y con lo dispuesta que has sido siempre! Te ha venido todo demasiado pronto. Mira que te he visto empeorar —dijo la señora Fettley en tono verdaderamente afectuoso.

—A todos nos tiene que dar algo alguna vez. Entodavía me queda el corazón —fue la respuesta de la señora Ashcroft.

—Siempre has tenido un corazón que vale por tres. Da gusto recordarlo cuando va una apagándose.

—Bueno, tú también tienes cosas que recordar —contestó la señora Ashcroft.

—Y tanto. Pero no pienso demasiado en esas cosas salvo cuando estoy contigo, Gra. Para recordar no hay como las amistades.

La señora Fettley, con la boca medio abierta, se quedó mirando el calendario de colores de la tienda de comestibles. La casita volvía a retemblar al paso de los automóviles, y el campo de fútbol repleto, al otro lado del jardín, hacía casi tanto ruido como los coches, porque la gente del pueblo estaba entregada a sus diversiones del sábado.

La señora Fettley llevaba un rato hablando con gran precisión y sin interrumpirse, hasta que se secó los ojos.

—Y entonces —concluyó— me leyeron su esquila en los papeles el mes pasado. Claro que ya no era asunto *mío*... porque hacía tanto tiempo que no le había puesto la vista encima. Claro que no *podía* decir ni hacer nada. Y tampoco tengo derecho a ir a Eastbourne a ver su tumba. Llevo tiempo pensando en ir un día en el altobús, pero en casa

me iban a freír a preguntas. De manera que ya no me queda ni eso para consolarme.

—¿Pero has tenido tus satisfacciones?

—¡Y tanto que sí! Los cuatro años que trabajó en el tren cerca de casa. Y los otros maquinistas le hicieron un funeral muy güeno.

—Entonces no puedes quejarte. ¿Otra taza de té?

Al ir bajando el sol, la luz y el aire habían ido cambiando, y las dos ancianas cerraron la puerta de la cocina para que no entrase el fresco. Se veía a un par de arrendajos que piaban y revoloteaban en los dos manzanos del jardín. Ahora le tocaba hablar a la señora Ashcroft, que tenía los codos puestos en la mesita del té y la pierna enferma apoyada en un taburete...

—¡Nunca lo hubiera creído! ¿Y qué dijo tu marido de todo eso? —preguntó la señora Fettle cuando cesó el relato hecho en voz grave.

—Dijo que por él podía irme donde me diera la gana. Pero como estaba en cama dije que lo cuidaría. Ya sabía él que no iba a aprovecharme mientras estuviera así de malo. Duró ocho o nueve semanas. Entonces le dio como un ataque y se quedó varios días quieto como una piedra. Entonces un día se levanta en la cama y va y dice: «Reza para que ningún hombre te trate como me has tratado tú a mí.» Y yo digo: «¿Y tú?» Porque ya sabes tú, Liz, cómo era él con las mujeres. «Los dos», dice él, «pero yo me estoy muriendo y veo lo que te va a pasar». Se murió un domingo y lo enterramos el jueves... Y mira que lo había querido yo... antes o... no sé.

—No me lo habías dicho nunca —aventuró la señora Fettle.

—Te lo digo por lo que acabas de decirme tú. Cuando se murió escribí para decir que ya estaba libre a aquella señora Marshall de Londres... con la que empecé de pincha de cocina hace... ¡tantos años, Dios mío! Se alegró mucho, porque ellos se estaban haciendo viejos y yo ya sabía sus

mañas. ¿Te acuerdas, Liz, que de vez en cuando me ponía a servir hace años... cuando necesitábamos dinero o mi marido... no estaba en casa?

—Es verdad que pasó seis meses en la cárcel de Chichester, ¿no? —murmuró la señora Fettley—. Nunca supimos bien lo que había pasado.

—Podía haber sido más, pero el otro no murió.

—No tuvo que ver contigo, ¿verdad, Gra?

—¡No! Aquella vez fue por la mujer del otro. Y entonces, cuando se murió mi hombre, volví a ponerme a servir con los Marshall, de cocinera, a comer como los señores y a que todos me llamaran señora Ashcroft. Fue el año que te marchaste tú a Portsmouth.

—A Cosham —corrigió la señora Fettley—. Entonces estaban construyendo bastante allí. Primero se fue mi marido y alquiló un cuarto, y después me fui yo.

—Bueno, pues me pasé un año o así en Londres y fue como un suspiro, con cuatro comidas al día y una vida de lo más tranquila. Entonces, hacia el otoño, se fueron los dos de viaje, a Francia o algo así, y me dijeron que volviera yo después, porque no podían pasarse sin mí. Puse la casa en orden para la guardesa y después me vine aquí con mi hermana Bessie, con todos los meses pagados y todo el mundo contento de volver a verme.

—Eso debió ser cuando yo estaba en Cosham —dijo la señora Fettley.

—Te acordarás, Liz, que en aquellos tiempos la gente no andaba con aquellos orgullos tontos, igual que no había cines ni campeonatos de tresillos. Fueses hombre o mujer, tomabas cualquier trabajo que te dieran un chelín. ¿No es verdad? Yo estaba agotada después de Londres, y creí que el aire del campo me sentaría. Así que me quedé en Smalldene y echaba una mano cuando había que sacar las patatas tempranas o matar gallinas... Todo eso. ¡Anda que no se hubieran reído de mí en Londres si me hubieran visto con botas de hombre y las enaguas remangadas!

—¿Y te pintó bien? —preguntó la señora Fettley.

—La verdad es que no fui allí por eso. Tú sabes tan bien como yo que las cosas nunca pasan hasta que han pasado. El corazón no te advierte de nada cuando te va a pasar algo hasta que ya te ha pasado. No nos enteramos de las cosas hasta que ya han pasado.

—¿Quién fue?

—'Arry Mockler —dijo la señora Ashcroft, al mismo tiempo que hacía una mueca. Le dolía la pierna enferma.

—¿'Arry? ¡El hijo de Bert Mockler! ¡Y yo *nunca* me lo malicié!

La señora Ashcroft asintió:

—Y yo me decía, y me lo creía, que lo que pasaba era que me gustaba trabajar en el campo.

—¿Y cómo fue?

—Lo de siempre. Al principio, estupendo... y después peor que nada. Debí haberme dado cuenta, porque tuve advertencias de sobra, pero no les hice caso. Porque una vez estábamos quemando basura, justo cuando estábamos empezando a conocernos bien. Era un poco demasiado pronto para quemarla, y se lo dije. «¡No!», va y dice él, «cuanto antes acabemos con esta porquería, mejor», dice. Tenía un gesto muy duro cuando me dijo eso. Entonces me di cuenta de que me había encontrado con un hombre de verdad, que nunca me había pasado antes. Siempre había mandado yo.

—¡Sí, es verdad! O mandas tú o mandan ellos —suspiró la otra—. A mí me gustan las cosas como deben ser.

—A mí no, pero a 'Arry sí... Por entonces tenía yo que volverme a Londres. Me resultó imposible. ¡Lo juro! Conque fui y un lunes por la mañana me eché un chorro de agua hirviendo en el brazo izquierdo y en la mano. Así me podía quedar allí otros quince días.

—¿Y valió la pena? —preguntó la señora Fettley, contemplando la cicatriz blanquecina en el antebrazo arrugado de la señora Ashcroft.

Ésta asintió:

—Y después nos las arreglarnos entre los dos para que él pudiera venir a Londres a buscar trabajo en unas cocheras cerca de donde estaba yo. Y se lo dieron. Ya me encargué yo. Su madre nunca se malició nada. Él se vino a Londres y ahí vivimos los dos, a menos de un kilómetro de distancia.

—Pero le pagarías el viaje tú... —dijo la señora Fettle, convencida de ello.

La señora Ashcroft volvió a asentir:

—Para él todo me parecía poco. Era mi hombre. ¡Ay, Dios mío! ¡Lo que nos reíamos cuando salíamos de paseo por aquellas calles adoquinadas al atardecer, aunque a mí me dolían los callos con aquellas botitas! Nunca lo había pasado así de bien. ¡Nunca en mi vida! ¡Y él tampoco!

La señora Fettle echó una risita de solidaridad.

—¿Y cómo fue que acabaron? —preguntó.

—Cuando me lo devolvió todo, hasta el último penique. Entonces lo comprendí, pero no *quería* comprenderlo. «Has sido muy amable conmigo», va y me dice. Y yo le digo: «¡Amable! ¿Me dices eso a mí?» Pero él va y me sigue diciendo lo buena que he sido con él y que nunca en la vida lo va a olvidar. Estuve sin creérmelo dos o tres días, porque no *quería* creérmelo. Entonces va y me dice que no estaba contento con su trabajo en la cochera, y que los otros están abusando de él, y todas esas mentiras que cuentan los hombres cuando van a dejarla a una. Lo dejé que hablara todo lo que quisiera, sin ayudarlo ni discutirle. Cuando acabó de hablar me quité un broche que me había regalado y le digo: «Vale. No te pido nada.» Y me di la güelta y me marché a sufrir a solas. Y él no insistió. Desde entonces no vino a verme ni me escribió. Se golvió otra vez a casa con su madre.

—¿Y estuviste mucho tiempo esperando a que volviera? —preguntó implacable la señora Fettle.

—¡Y tanto!... ¡Y tanto! Cuando pasaba por las calles por las que habíamos ido juntos, me creía que hasta las piedras

decían su nombre.

—Sí —dijo la señora Fettle—. Yo creo que eso hace más daño que nada en el mundo. ¿Y no pasó nada más?

—No, nada. Eso es lo más raro de todo, aunque te parezca mentira, Liz.

—Te creo. Te apuesto que a estas alturas no vas a decir una mentira.

—Y tanto... Y sufrí como no se lo deseo a mi peor enemigo. ¡Dios mío! ¡Aquella primavera fue un infierno! Primero fueron los dolores de cabeza, que nunca había tenido en toda la vida. ¡Imagínate, yo con dolores de cabeza! Pero al final los prefería. Así no podía pensar...

—Es como el dolor de muelas —comentó la señora Fettle—. Tiene que doler y doler hasta que ya no se puede soportar más... y entonces ya no queda nada.

—A mí me quedó bastante para *toda la vida*. Todo pasó por la muchacha de la señora de la limpieza. Se llamaba Sophy Ellis. Era todo ojos y codos y siempre tenía hambre. Yo le daba de comer. A veces no le hacía ni caso, y desde luego ni la miraba cuando pasó lo mío con 'Arry. Pero ya sabes lo que pasa a veces con las rapazas. Me cogió un cariño loco, y todo el tiempo me hacía arrumacos, y yo no tenía coraje para echarla... Una tarde, me acuerdo que era al principio de la primavera, su madre la había mandado a ver si podía sacarnos algo de comer. Yo estaba sentada al lado de la chimenea, con el mandil puesto por la cabeza, medio loca del dolor de cabeza, cuando va y entra la Sophy. Creo que le dije que me dejara en paz. «¡Anda!» va y dice «¿No es más que eso? ¡Eso se lo quito yo en medio minuto!» Le dije que no me pusiera un dedo encima, porque creí que me iba a acariciar la frente... que a mí no me gustan esas cosas. «No la voy a tocar», va y dice, y vuelve a salir. No hacía ni diez minutos que ya se había ido cuando de pronto se me pasa el dolor de cabeza. Conque me puse a la faena. Pasa un rato y vuelve la Sophy y se sienta en mi silla, más callada que un muerto. Tenía unas ojeras asina de grandes